

Zac. 9, 9-10

Sal 144

MT 11, 25-30



Domingo tras domingo vamos tras las huellas de Cristo tomando por guía el evangelio, que en este día nos muestra un momento gozoso de la vida del Señor: **Jesús se llena de alegría y da gracias al Padre.** ¿Y por qué lo hace? Porque ha querido revelar los misterios del Reino **a los sencillos, a los humildes, a los mansos de corazón.**

Jesús no se llena de júbilo por un éxito exterior, ni por un triunfo visible. Su dicha brota de ver que el corazón humano, cuando es de mirada limpia, **puede sentir a Dios gozando de su misterio.**

1. La alegría de Cristo: Dios se deja captar por los pequeños

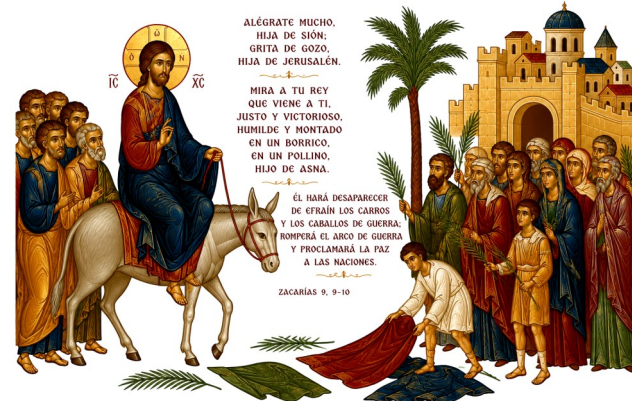
Jesús exclama: **“Te doy gracias, Padre, porque has revelado estas cosas a los sencillos.”** Es una oración llena de dicha. Contempla cómo el Altísimo actúa en lo pequeño, en lo humilde, en lo que no llama la atención. Y eso le hace feliz.

Los rabinos decían que *“Dios se complace en lo pequeño porque lo pequeño no compite con Él”*. El corazón sencillo no se opone, no se defiende, no se encierra. Por eso Dios lo ilumina. San Francisco de Sales, maestro de mansedumbre, decía: *“Dios ama tanto la humildad que corre hacia ella.”* Y Jesús se conmueve interiormente porque ve que el Padre se dirige hacia los que son así.

2. La sencillez: la llave para entrar en el misterio

La sencillez no es ingenuidad. Es **pureza de intención**, es **claridad interior**, es **naturalidad del alma**. Es vivir sin doblez, sin máscaras, sin complicaciones.

Jean Pierre de Caussade, jesuita francés maestro del abandono que vivió entre los siglos XVII/XVIII, afirmaba: *“La sencillez es el sello de las obras de Dios.”* Donde se cultiva esta virtud, Dios actúa con libertad. Donde hay humildad, la gracia fluye. Donde hay mansedumbre, el corazón se abre. Los Padres del Desierto repetían: *“El humilde ve la verdad.”* Porque la humildad limpia la mirada, y la mansedumbre pacifica el corazón y, de este modo, el evangelio es acogido con alegría de corazón.



3. El Reino se comprende desde dentro

El evangelio del Reino no se entiende como una teoría. Se comprende **desde dentro**, desde un corazón que se deja tocar, desde una vida que se abre a la acción de Dios como la tierra abre sus surcos a la lluvia del cielo. San Efrén el Sirio (306–373) decía que la Palabra es como una fuente: *“Cada uno bebe según la vasija que lleva.”*

Quien está despojado interiormente lleva una vasija pequeña, pero abierta: un cántaro sin adornos, sin doble fondo, sin pretensiones. Y porque está abierto, recibe. Porque no está lleno de sí mismo, puede llenarse de Dios.

El orgulloso lleva un recipiente grande, pero cerrado: grande porque está inflado de sí, cerrado porque teme perder su propio brillo. Y así, aunque la fuente esté delante, no se llena y bebe. La gracia pasa, pero no entra.

La alegría de Jesús ante los corazones abiertos

La alegría de Jesús nace de ver que los sencillos **sí pueden beber**, sí pueden acoger, sí pueden comprender, sí pueden vivir. Jesús contempla cómo el Padre se inclina hacia los pequeños, cómo la luz del Reino encuentra hueco en las almas humildes, cómo la sabiduría divina se posa donde hay espacio.

Los rabinos enseñaban que: *“La sabiduría entra por las puertas del corazón, no por las ventanas de la mente.”* La mente puede analizar, discutir, comparar, pero la interioridad es la que **abre o cierra**: ésta es la puerta. La mente son las ventanas.

Por eso el Señor se alegra: porque el Padre ha encontrado **puertas abiertas**, corazones que no se defienden, vidas que no se blindan, personas que no necesitan tener razón para poder acoger la verdad; porque la luz entra donde encuentra transparencia. La sencillez no es un adorno moral: es la **condición interior** que permite que Dios sea Dios en nosotros. Es la apertura que deja pasar la sabiduría, la hondura que acoge el misterio, la pobreza que recibe la riqueza del cielo como preciosos maná.





Deus, qui in Filii tui humilitate iacentem mundum erexisti, fidelibus tuis sanctam concede laetitiam, ut, quos eripuisti a servitute peccati, gaudiis facias perfrui sempiternis.

Traducción oficiosa

“Oh Dios, que en la humildad de tu Hijo levantaste al mundo que yacía caído, concede a tus fieles la santa alegría, para que a quienes has liberado de la esclavitud del pecado, les hagas gozar de los eternos gozos.”

La Iglesia, en Roma, se ha ido construyendo a través del tiempo sobre una multitud de testigos de la que, en los siglos primeros, fueron mártires entre los que destacan Pedro y Pablo. Esta hace de ella una comunidad orante, en la que han florecido cantidad de plegarias que están recogidas en buen número de libros litúrgicos. La correspondiente a este domingo XIV está tomada del Gelasiano Vetus y del Paduense, y conserva con nitidez el estilo romano primitivo: sobrio, directo, con una teología condensada.

En esta ocasión recoge un movimiento hermoso: **Dios levanta lo que está caído (eripuisti a servitute)**. No dice que el mundo estaba “confundi-do” o “desorientado”, sino **postrado**, sin fuerzas para ponerse en pie. Y lo levanta **por la humildad de su Hijo (in Filii tui humilitate)**, que no es un gesto decorativo. Es su modo de salvar. Él baja hasta donde nosotros estamos: a la tierra, a la fragilidad, a la herida. San León Magno decía que Cristo “*asumió nuestra debilidad para elevarla*”. Rabí Heschel -uno de los grandes teólogos judíos del siglo XX- lo expresa de otra manera: “*La humildad es reconocer que la vida es un*

don”. Cristo, humilde, es el que nos recuerda que no tenemos que salvarnos solos Y esto es lo que se pide: “**concede a tus fieles la santa alegría (sanctam concede laetitiam)**. No es una alegría superficial: nace cuando uno descubre que ha sido levantado. Es la alegría de la salvación (sal 50/51,14). Rabí Nachman (1772–1810) decía: “*La alegría es la gran medicina: levanta al hombre del polvo*”. Luego la oración nos recuerda quiénes somos: **liberados de la esclavitud del pecado (eripuisti a servitute peccati)**; que no es solo un error: es una esclavitud. San Agustín lo explica así: “*Nos hicimos esclavos del pecado; Él se hizo esclavo para liberarnos*”. Cristo entra en nuestro cautiverio por el misterio de la encarnación, para romper las cadenas desde dentro y la finalidad por lo que lo hace es hermosa: **para que disfrutemos de los gozos eternos. (gaudiis facias perfrui sempiternis)**. No se trata solo de vivir mejor aquí, sino de caminar hacia la plenitud. Dios quiere vernos vivos, erguidos, libres... y alegres.

Por eso esta oración colecta es un pequeño camino espiritual: **Reconocer nuestra caída** sin miedo. **Acoger la humildad de Cristo**, que se acerca para levantarnos con gratitud. **Recibir la alegría santa** que brota de sabernos salvados. **Caminar como libres**, no como esclavos. **Vivir orientados a la eternidad**, donde el gozo no se acaba. Su humildad es nuestra fuerza. Su alegría es nuestra medicina. Su libertad es nuestro camino. Y su eternidad es nuestra esperanza.



EN LAS FUENTES DE AGUA VIVA

CATEDRAL DE OVIEDO



✠
TE DOY
GRACIAS,
PADRE,
SEÑOR DEL CIELO
Y DE LA TIERRA,
PORQUE ESCONDISTE
ESTAS COSAS
A LOS SABIOS
Y ENTENDIDOS,
Y SE LAS REVELASTE
A LOS PEQUEÑOS.

—
SÍ, PADRE,
PORQUE ASÍ
FUE DE TU AGRADO.

—
TODO ME HA SIDO
ENTREGADO
POR MI PADRE,
Y NADIE CONOCE
AL HIJO SINO EL PADRE,
Y NADIE CONOCE AL PADRE
SINO EL HIJO,
Y AQUEL A QUIEN
EL HIJO SE LO QUIERA
REVELAR.

—
VENID A MÍ TODOS
LOS QUE ESTÁIS CANSADOS
Y AGOBIADOS,
Y YO OS ALIVIARÉ.

—
TOMAD MI YUGO
SOBRE VOSOTROS
Y APRENDÉ DE MÍ,
QUE SOY MANSO
Y HUMILDE DE CORAZÓN,
Y ENCONTRARÉIS DESCANSO
PARA VUESTRAS ALMAS.

—
PORQUE MI YUGO
ES FÁCIL DE LLEVAR,
Y MI CARGA,
LIGERA.

MATEO 11, 25-30

XIV
DOMINGO
PER ANNUM
A